

Microteatro: un universo en microsegundos

Mario Sánchez Vanegas

Director, Dramaturgo y docente de teatro, mario.sanchezv@udea.edu.co

“El siglo XX con sus vanguardias, búsquedas, rupturas y reformas en todos los estratos de su creación y producción, situó al teatro en un lugar artístico en el que la diversidad vuelve a ser la seña de identidad de su sentido artístico y lingüístico”.
G. Heras

“Para el teatro lo más importante es el tiempo vivido, la vivencia del tiempo que comparten los actores y los espectadores y que, evidentemente, no se puede medir con exactitud, pues se da solo como experiencia”.
H-T Lehmann

A diferencia del cine, al teatro no se le categorizaba o tipificaba por la duración de la historia llevada a la escena, no, es decir, en el cine hay cortometraje, medimetraje y largometraje, en el teatro no.

En la literatura, por ejemplo, a la novela la clasifican por su extensión: novela corta o novela larga; las obras de escritura dramática o textos dramáticos no, o ¿cómo definir, para diferenciar por su extensión en cantidad de palabras, a *Medea*, escrita por Eurípides, de *Gatz*, una propuesta del grupo neoyorquino Elevator repair service (ERS) en la que se lee *El gran Gatsby* de principio a fin, sin alterar ni suprimir palabra alguna escrita por su autor Francis Scott Fitzgerald en 1925? Esta última solo por poner un ejemplo de una puesta en escena de seis horas de duración, aunque se me hace inevitable no traer a cuento *El Mahabharata*, la obra teatral de P. Brook de 1985, una obra titánica de 9 horas de duración.

Cuando íbamos a ver una obra de teatro, decíamos sí, que era corta o larga— y ya sabemos lo que significa el tiempo si estamos o no sentados en un carbón encendido—, pero esa relatividad temporal, sin embargo, no afectaba el acuerdo de haber presenciado una obra de teatro, hasta que

surgió el *Microteatro*, también llamado, según el país: «fast food teatral», «teatro breve» o «teatro express», y no hablo de lo que comúnmente se le nombra como *sketch*: término del siglo XVII de origen inglés que denota «esbozo» o «bosquejo», surgiendo de ahí la brevedad de la creación llevada a una puesta «entre escenas» de *vodeviles* y *music halls* de finales del siglo XIX y comienzos del XX, siendo sus principales características su duración no mayor a cinco minutos, con un elenco integrado por pocos actores y actrices y, sobre todo, en tono humorístico, grotesco o satírico, y «sin una caracterización rigurosa o una intriga repleta de peripecias, poniendo el acento en los momentos divertidos y subversivos»¹, no, estoy hablando de una propuesta de escritura y puesta en escena con todos los dispositivos que articulan su totalidad significativa como matriz narrativa y estética; sin embargo, no podemos esperar más allá de una casa en desuso (casi siempre) con muchas habitaciones como escenario, ni esperar gradas (la mayoría de propuestas se ven de pie o sentados en sillas Rímax); sus puestas son de pocos efectos visuales y, como espectadores transfigurados en mónadas errabundas, trashumantes, de habitación en habitación, no hay acomodadores.

Con el Microteatro, vamos a ser espectadores de una obra con reglas y convenciones de lectura tradicionales, no es ningún tipo de *performance* o de trabajo de improvisación; son relatos de escritura previa con su inicio o presentación de personaje(s) en situación, con su conflicto y desenlace, y su final, trágico, pocas veces, en comparación con muchas otras en tono cómico, ¿será por exigencia misma del formato? Puede ser.

Paráfrasis: El Microteatro es al teatro, lo que el filminuto al cine o el haiku a la poesía.

Contexto: Madrid, España. Año: 2009. Cuando todo busca sobreponerse a la Gran Recesión iniciada en el 2008 con punto final en el 2014, un prostíbulo abandonado en la calle Ballesta, barrio de Tribunal, va a ser demolido, y el teatro dándose su lugar en medio de la crisis, como siempre, aparece de la mano del director Miguel Alcántud —por cierto, nacido en Cartagena—, que se apropia de aquel local con 10 habitaciones, dos baños y una cocina, invitando a 13 grupos de teatro independientes a que se tomen uno de estos espacios cada uno, bajo la condición de elaborar una obra de teatro de 15 minutos para 15 espectadores (lo de los 15 m² por espacio, aparece luego).

Esta primera vez se nombra: «Microteatro por dinero», y la temática es: La prostitución.

Las propuestas eran presentadas tantas veces como cantidad de público espectador hubiera, regalándose una peregrinación teatral polifónica en narrativas y estéticas, sobre el tratamiento y perspectiva del mismo tema. El éxito era confirmado por las largas filas de espectadores para ver las propuestas que se llegaron a presentar hasta 15 veces por jornada, y llegó a tal punto que su creador y director decidió abrir un nuevo espacio en el año 2010, pero esta vez fue en una vieja carnicería de la calle de Loreto y Chicote en Madrid, precisando condiciones: Obras de teatro de 15 minutos de duración, para 15 espectadores en un espacio de 15 metros cuadrados. Un género teatral (?) que de Madrid se lanzó a Barcelona y Sevilla, dando tantos argumentos creativos y teatrales que Venezuela fue la primera en recoger y hacer la primera temporada de Microteatro bajo el nombre «Teatro de 1/4», luego este formato o género teatral, llegó a principios de la segunda década de este, ya no tan nuevo siglo XXI, y se consolidó en México, Colombia, Chile, Argentina, Ecuador, Brasil, Estados Unidos, y sigue en expansión.

Del Microteatro, su fugaz y afilada brevedad. Esa pequeña dosis de adrenalina y vértigo compartida con el público espectador en una especie de *CraZanity*, ese péndulo al que te subes para ser elevado hasta 53 metros y caer luego, a una velocidad de 120 km por hora, esto mismo en un microsegundo de 15 minutos de arte y poética teatral.

Una característica del Microteatro es su capacidad de simultaneidad, permitiendo en un solo momento para el público espectador, o la vivencia de un acontecimiento desde diferentes puntos de vista o la vivencia de múltiples acontecimientos, en una especie de interminable galería de microuniversos no idénticos comunicados por escaleras, pasillos, ventanas, puertas, en una especie de urdimbre que tejemos y destejemos entre todos: artistas y espectadores, en un cuarto de hora por cada cuarto o habitación por 15 minutos.

El Microteatro es un macro-laboratorio en el que pueden acontecer inagotables aleaciones técnicas, estéticas y poéticas entre dramaturgas y dramaturgos con directores y directoras, actores y actrices; amalgamamientos con la danza, el canto, la escenografía, la luminotecnia, el vestuario. Un macro-laboratorio en expansión e impacto a un público espectador ávido de historias, sobre todo ahora, en la era digital, donde la inmediatez y la prisa por (sobre)vivirnos nos arrebató el tiempo que nos hemos gastado por adelantado, una realidad devorada por la virtualidad y de personas engullidas por la masa, parafraseando a de Távira. El Microteatro es una inhalación profunda, una pausa breve, llena de consciencia; un prisma artístico y creativo que le propone cambios al quehacer teatral y otros ritmos a la sociedad.

La micro-fórmula: Obras con un máximo de 15 minutos en espacios diminutos que permiten la calidez de la intimidad con los actores y las actrices.

El Microteatro es un concepto de teatralidad todavía emergente que tiene resistencias ante su viabilidad, riesgo y calidad. La ventura de ser presa de una noria que nunca tendrá la oportunidad de sobreponerse o superar un mal texto, una mala actuación, una mala puesta escena o una mala dirección, haciendo más difícil su superación porque, a diferencia de una propuesta corriente en esta época de lo digital, el *multitasking* y los algoritmos a la carta, no tiene más de 15 minutos para transformar el mundo. 🌐

¹ Patrice Pavis, *Diccionario del teatro. Dramaturgia, estética, semiología*, (Buenos Aires: Ed. Paidós, 2011), 426.